DESDE ITALIA

Eurípides, huésped eterno del islote de Artemisa

Por JUAN RAMON MASOLIVER

ROMA, JUNIO.—"Grandes festejos instituiré en tu honor en tierras de Trezene. Durante muchos años, las doncellas cortarán su cabellera antes de sus bodas para consagrártelas con llantos y lamentos, recordándote en sus canciones." De lo hondo del despeñadero, entre flores y arbustos fragantes, subía la voz dulce por las paredes lisas y altísimas. Femenina, mas no voz de Artemisa, consolando a un nuevo Hipólito; sino sus acentos, en boca de un efebo encerrado en las cárceles subterráneas de las Latomias, donde esperaban la muerte los siete mil de Alcibiades y Nicias apresados en la rota de Siracusa. A escasa distancia, adosado a la colina apolínea, hallábase el teatro, que desde los días de Esquilo y Epicarmo había acogido lo mejor del Siglo de Oro de la escena griega, y es probable que en aquel lugar y en aquella hora resonasen en el "theatron" los lamentos de Antígona o de Ifigenia, tan gratos a un pueblo que llevaba en la sangre el demonio del teatro. Subían las frases tristes, moduladas en puro acento ático, embelesando a los guardianes, pesarosos del deber que les tenía alejados aquel día del lugar de sus aficiones. Y el fiero siracusano, vencedor de una guerra legendaria contra el Estado más potente del mundo heleno, depuso la espada ante tamaña majestad del espíritu: fué libertado el joven, y con él, cuantos declamaron trozos de Eurípides.

Tal es la tradición que ha perdurado en tierras de Sicilia, salvando veinticinco siglos. No ha de extrañar que a tantos centenares de años sigan embelesándose los siracusanos con los versos del griego que, en el 413 antes de nuestra Era, valieron para libertar a los atenienses. Versos y tragedias de nuestro tiempo, pues si en Esquilo y en Sófocles el Hado dispone de la vida y acciones de los mortales y ni siquiera los hijos de los dioses pueden escapar a su destino; Eurípides, en cambio, admite el razonamiento y se permite enjuiciar y criticar a la divinidad. "Si los dioses cumplen actos innobles—dice uno de sus personajes—no son dioses." Para otros héroes es menester la flecha envenenada de Hércules, el peplo embrujado de Medea o la túnica de Neso; para los de Eurípides—víctimas de sus pasiones humanas—sobra la intervención sobrenatural, y sólo por mera concesión a la época anuncian los dioses, en el prólogo, sus designios de venganza. Los anteriores moviánse como autómatas: saben que nada los salva de caer en la sima; Eurípides introduce la duda—incluso sus dioses son incrédulos—y trae al teatro los problemas psicológicos: sus héroes rebélanse contra la divinidad, perjuran, distinguiendo ya entre boca y corazón. Júpiter, Marte, Minerva y Neptuno dejan de pesar sobre la vida de los mortales, que de entonces acá se agitarán bajo el signo de Venus, la diosa llamada a monopolizar el teatro moderno. Y a Eurípides debemos el teatro de amor, con sus pasiones, rivalidades, intrigas y celestinas; que todo ello aparece en su tragedia "Hipólito", cuyo problema habían de profundizar Séneca, Racine y D'Annunzio.

Representar, pues, el "Hipólito" en el teatro griego de Siracusa no es mera diversión erudita de animar cuatro piedras, ni un homenaje en el lugar que conserva tantas memorias euripidianas, sino infundir savia nueva al viejo tronco, interpretando el sentir milenario de los isleños. Veinte años ha que el Instituto Nacional del Drama Antiguo inició las primaveras helénicas, que nos traen cada tres años las representaciones clásicas de Siracusa. Representaciones cuyo complemento son las que en Taormina, en Ostia, Agrigento y Pesto, Pompeya y Herculano, celébranse por turno todos los años: mimos e idilios, cortejos, melodías y danzas. No importa que los textos sean verbosos y florida la declamación de los actores, que para mayor vistosidad del espectáculo se haya adulterado el papel del coro, y que la música, en alarde decimonónico, describa las escenas; queda, en todo caso, la eujundia de la tragedia —sus valores dramáticos al margen del tiempo y del espacio—, queda el marco incomparable y la alianza del paisaje y de la luz, que constituyen por sí solos un espectáculo.

Añadiase en esta ocasión un elemento sugestivo para el ánimo sensible. Que Artemisa la cazadora, diosa de la pureza, por cuya devoción incurrió Hipólito en las iras de Afrodita, nació al mito en estos parajes; pues tenía sus mansiones en el islote de Ortyxia, sede de la Siracusa de griegos, romanos y españoles.

FIN DE SEMANA

ANVERSO Y REVERSO DE LA UBICUIDAD

Por MANUEL G. MORENTE

La verdad es que, considerando su pasado y su presente, el hombre tiene motivos sobrados para envanecerse. "Quo non ascendam?", puede exclamar con legítimo orgullo y fundada esperanza. Porque en realizar imposibles, es decir, en demostrar con hechos que los más notorios imposibles son posibles, ha llegado la humanidad culta a batir "records" verdaderamente asombrosos. ¿Se dan ustedes bien cuenta de lo que significan, por ejemplo, el gramófono y la radio? Pues nada menos que un envite directo a uno de los atributos reputados como más esenciales y exclusivos de la divinidad. La radio y el gramófono—o el cine sonoro—realizan, en efecto, con aproximación bastante aceptable, el don divino de la ubicuidad. La ubicuidad es la facultad, que Dios tiene, de hallarse a la vez en todas las partes; es el dominio sobre el espacio. Agreguemos también el dominio sobre el tiempo, o sea la propiedad de estar y existir en todo momento. Y decidme si no se acercan suficientemente a ese atributo de la ubicuidad los éxitos, ya triviales, que cada día y en cada hora consiguen la radio y el gramófono. La Orquesta Filarmónica ejecuta una sinfonía en un lugar muy precisamente delimitado y circunscrito, y sin embargo, los sonidos que la orquesta emite en ese punto del espacio pueden oírse en el mismo instante en cualquier otro lugar del planeta. ¿No cabe decir, sin demasiada exageración, que los sones de la orquesta son ubicuos y están en todas partes? Suponed además que al mismo tiempo un aparato registrador del sonido almacene y guarde en disco gramofónico o en banda cinematográfica la ejecución de la sinfonía. Tendréis la música en conserva. Podréis encerrarla en un cajón, en una discoteca, y al cabo de un año, de diez años, de mil años, escucharéis esos mismos acordes que la orquesta emitió cierto día y a cierta hora. Con la emisión de radio y con el disco gramofónico, el hombre ha vencido las limitaciones del espacio y del tiempo.

No hay en principio nada que se oponga a que la radiodifusión de las sensaciones sonoras pueda extenderse a otros géneros de sensaciones. Ya han sido vencidas —en parte al menos—las sensaciones visuales. El cinematógrafo es visión en conserva, como el gramófono es audición en lata. Y no tardará muchos años la radiodifusión de imágenes en perfeccionarse, tanto como lo está ya la de sonidos. Entonces, los dos elementos más importantes de la realidad sensible, la sensación visual y la sensación auditiva, podrán conjugarse y estar literalmente a la vez en todas las partes y en todos los tiempos. Uno y el mismo trozo de realidad podrá ser visto y oído en cualquier punto del globo. Una sala del Museo del Prado, con sus cuadros y con sus visitantes—que acaso escuchen una erudita explicación estética e histórica—será radiodifundida y "existirá" al mismo tiempo para un número prácticamente indefinido de sujetos en cualquier lugar. ¿No equivale esto a romper ese vínculo esencial que atenaza la realidad a las condiciones de un espacio y de un tiempo particular y determinado? ¿No es esto algo muy parecido a la ubicuidad divina?

Pero tantos triunfos tan formidables del ingenio humano suelen tener, por otra parte, su reverso y contrapartida; de suerte que lo que por un lado parece fabulosa ganancia y acrecentamiento de poder, resulta por otro lado peligroso menoscabo y fatal decadencia. Ello se advierte fácilmente en el ejemplo mismo que venimos describiendo. Así como la imprenta mató al escriba, y la máquina de escribir está acabando con la caligrafía, así la reproducción mecánica de la música amenaza de muerte a los músicos y por consecuencia a la música misma. El ejecutante de carne y hueso va siendo cada vez menos necesario. Le sustituye el aparato. Un solo pianista desde la estación emisora puede hacerse oír en el mundo entero. Con una sola orquesta podría, pues, contentarse la Humanidad. Y aun, extremando el argumento, diríamos que con ninguna. Ya practican con frecuencia las emisoras de radio el sistema de difundir discos de gramófono. En vez del virtuoso local, acaso mediano, radian ejecuciones de Iturbi o de Kreisler. Combinada, pues, la radiodifusión de la música con su conservación en discos, la actividad efectiva de los musicantes vivos va quedando reducida a tan mínima cuantía, que seriamente es de temer por la existencia de estos nobles profesionales.

¿Diréis acaso que no hay grave daño en que desaparezcan las medianias y en que el gremio de los virtuosos quede reducido a una sola buena orquesta y a unas cuantas estrellas del piano y del violín? Pero si tal dijerais, diríais una insensatez. Porque la existencia de las medianias musicales es condición indispensable para la existencia de los grandes ejecutantes. Para que haya un Liszt, un Kreisler, un Paderewski, un Sarasate, un Casals, hace falta que muchísimos jóvenes entusiastas se lancen ilusionados a la improba e incesante labor que tamañas perfecciones requieren. Los poquísimos que llegan a la cumbre suponen el numeroso ejército de los que emprenden la ascensión y sufren el fracaso. Ahora bien: para que muchos emprendan esa penosa ascensión es necesario que sepan de antemano que tienen por lo menos asegurada una vida modesta, aunque no logren los máximos triunfos. El aprendizaje del violín o del piano requiere tales esfuerzos, que embargan todo el tiempo e inutilizan para cualquier otra actividad. Hasta ahora, la demanda y necesidad social de músicos ha sido bastante para asegurar la vida al ejecutante de segunda y tercera categoría. Pero si la mecanización elimina a los medianos, eliminará también a los talentos sobresalientes, pues reducida el área de los que aspiran, ensayan y tantean, es evidente que se reducirán en proporción las probabilidades de que surjan los grandes genios. Los inventos mecánicos que han dado al sonido esa ubicuidad semidivina, amenazan, pues, acabar con la música misma. El hombre ha vencido orgulloso la constricción del tiempo y del espacio; pero a costa de agostar la fuente viva de donde mana la creación musical. Podrá emitir acentos que vibren por doquiera en todos los ámbitos; pero habrá de renunciar a la invención de acentos nuevos. Su triunfo físico sobre el espacio lo condena a la repetición pasiva de lo que fué. Y todo lo que gana en extensión lo pierde en facultad creadora.

Así, la vida humana oscila entre la creación y la mecanización. El proceso mecánico fija, solidifica, difunde, populariza. En este aspecto, la tecnificación del espíritu alcanza magníficos éxitos; vence el espacio, multiplica la velocidad, exalta el poderío. Pero al mismo tiempo, y por otra parte, paraliza la potencia inventiva, disminuye el apetito de auténtica actividad productiva y embota la sensibilidad para lo nuevo, lo inaudito, lo singular, lo fecundo. Hasta que esos mismos éxitos mecánicos, ya logrados y establecidos, se convierten poco a poco en trabas y constricciones insoportables, de las que el hombre anhela evadirse para nuevas creaciones de estilo y contenido insospechados. La historia de la Humanidad es una serie de peripecias dramáticas, en las cuales la vida, esclava de sus propios triunfos, rompe una y otra vez las cadenas que ella misma se forja.

NOTAS

HOSPITALIDAD

Por PEDRO MOURLANE MICHELENA

Recogía un catalán conspicuo la afirmación de un gallego de las "élites": "París, capital de un Imperio republicano, ha sido siempre cortes con las letras regionales. Madrid, con ser menos unitario que París, no. Cese en su error ahora que la nación se descentraliza."

París es, en efecto, hospitalario con las letras regionales. Recibe de ellas diciznos de las cuatro estaciones y los agradece. Pero la cortesía es efusión mitigada por el tacto o por las reservas en que la vejez es docta. Ha aceptado, por ejemplo, París el folklorismo y se ufana de Mistral, y aun de los capoulies menores, aquitanos o provenzales del Languedoc o de la tierra lemosina.

En "La Cigale", de París, se ama tanto como en el castillo de Foutsegugnd al Midi de oro. Ya antes, la villa que fluctúa, pero no zozobra, había acogido amablemente al "Bargar Breiz", del conde de Villamarqui, antología de poetas bretones en el venerable idioma armoricano o céltico. Y aunque no todas las canciones recogidas en el florilegio son auténticas, París sabe disculpar porque presiente que tras el vizconde vendrán, como vienen, poetas de la "grise Armor", que cautivan a todos, como Lunery o como Anatole, Le Braz o Charles Le Goffic, que nos lleva de Kericl a Roudadore, o de Roudadore a Kericl, hacia "los encinares o hacia los calvarios de granito."

Acepta igualmente a los poetas del Delfinado o de la Auvernia, del Berry o del Anjou—ya cantado, y con acento inolvidable, por Joachin du Bellay—, de la Borgoña o de la Champaña, del Nivernais o de la Isla de Francia.

En cuanto al Bearn Francis Jammes, el Teódrito de Orthez, viene luego de Vignancour y de Olivier Hourcade, el de las "Canciones de Gascuña y del Bearn", publicadas en París antes que en Pau.

Tan acogedora como la capital de Francia, añadiremos, es Madrid para las letras. Catalanes, gallegos y vascos que escriben en el idioma maternal saben que no es cortesía lo que aquí falta. Madrid ha recibido cordialmente el puñado de hierbas del Pirineo, y se ha pagado y se paga del impagable ofertorio de un Verdaguer, de un Maragall o de una Rosalía de Castro.

La Academia Española ha creado, con hospitalidad perfecta, tres secciones regionales. La lengua de Cataluña como tal, y en sus variedades valenciana y mallorquina, tiene en la casa a D. Antonio Rubió y Lluch, a D. Eugenio d'Ors, al padre fray Luis Fullana y Mira y a D. Lorenzo Riber, y a los correspondientes D. Francisco Carreras Candi y D. Luis Cebrián Mezquita; la de Galicia, a D. Armando Cotarelo y Valledor y a D. Ramón Cabanillas, y a los correspondientes D. Eladio Rodríguez y D. Eugenio Cairé; la de Vasconia, en fin, a D. Resurrección María de Azkue, director a su vez de la Academia Vasca, y a D. Julio de Urquijo, y a los correspondientes D. Arturo Campión y D. José Miguel Barandiarán. Justamente estos días se prepara en el País Vasco un homenaje a D. Resurrección María de Azkue, a quien D. Octavio y don Xavier de Ízaro, en sus "Epigramas de vascongados ilustres", recuerdan así:

Como solías recordar
en la erudita sobremesa
de la duquesa de Weimar
al viejo Perú de Axular,
que enternecía a la duquesa.
Entre tanto, los abanicos
se plegaban con parsimonia.
Aun regía la ceremonia
del tiempo de los Federicos.
Y a las veces, por distraer
a la dorada juventud
en los inviernos cortesanos,
te avenías a componer
tarantelas para laúd
sobre motivos labortenos.

Madrid no posterga en su estimación a los autores en catalán, en gallego o en vascuence; la Academia menos aún. Ella, al fin, se conserva firme en una sociedad que fluctúa y que cambia meteóricamente de humores y de doctrinas. El jueves, Georges Duhamel, elogiando en su discurso de recepción a la Academia que le tiene ya entre los suyos, decía:

"¡Tres siglos de autoridad, de labor y de gloria! ¡Qué ejemplo y qué apacible desafío! En torno de vosotros, señores académicos, las instituciones se resquebrajan, los regímenes abdican, los Imperios se tambalean. Vosotros, en tanto, continuáis sentándoos ahí y cumpliendo con vuestro deber. Todas las naciones os imitan, y el universo siente oscuramente que una tenacidad tan serena es un testimonio y sin duda una condición de su equilibrio moral."

La Academia Española es también un ejemplo de perennidad en edades de incertidumbre y de inconstancia.

Cráonos el gallego de calidad a quien aludimos. Los valores gallegos son valores en Madrid como en Santiago de Compostela. Otero Pedrayo es un escritor de primera jerarquía en Orense, como aquí y como en Barcelona, en Bilbao o en Sevilla, o más allá de las fronteras. Sus interpretaciones de Galicia son familiares a muchos cientos de andaluces, de levantinos, de castellanos, y lo son antes de la campaña del Estatuto gallego. Lo que importa a las regiones en el dominio de las letras es el autor de una cierta talla, porque el resto se les dará allí y aquí de añadidura.

Mairena y su tiempo

Por ANTONIO MACHADO

Entre el hacer las cosas bien y el hacerlas mal está el no hacerlas, como término medio, no exento de virtud. Por eso—decía Juan de Mairena—los malhechores deben ir a presidio.

* * *

"El señor De Mairena lleva siempre su reloj con veinticuatro horas justas de retraso. De este modo ha resuelto el difícil problema de vivir en el pasado y poder acudir con puntualidad, cuando le conviene, a toda cita. Sin embargo, como es un hombre un tanto desmemoriado, cuando oye sonar las doce en el silencio de la noche, consulta su reloj y exclama: ¡Qué casualidad! También las doce. Pero después añade sonriente: Claro es que las mías son las de ayer." (De un artículo titulado *Chirindrinas*, firmado Quasimodo, inserto en "El Mercantil Gaditano" del 12 de mayo de 1895.)

* * *

"La modestia de un grande hombre. — Al fin no será erigido el monumento que se proyectaba para perpetuar la memoria de Juan de Mairena. El dinero recaudado por suscripción escolar con el fin indicado será repartido, a ruegos del sabio profesor, entre los serenos del alcantarillado." (De la revista satírica "La Vara Verde", 1908.)

* * *

Mi corazón al hondo mar semeja;
agitanle marea y huracán,
y bellas perlas en su arena oscura
escondidas están.

Así expresa Heine la fe romántica en la virtud creadora que se atribuye al fondo oscuro de nuestras almas. Esta fe tiene algún fundamento. Convendría, sin embargo, entreverarla con la sospecha de que no todo son perlas en el fondo del mar. Aunque esta sospecha tiene también su peligro: el de engendrar una creencia demasiado ingenua en una fauna submarina demasiado viscosa. Pero lo más temible, en uno y otro caso para la actividad lírica, es una actividad industrial que pretenda inundar el mercado de perlas y de gusarapos. (Juan de Mairena: Apuntes inéditos.)

* * *

De los superrealistas hubiera dicho Juan de Mairena: Todavía no han comprendido esas mulas de noria que no hay noria sin agua.

* * *

"Tomad una chocolatera, machacadla, reducidla a polvo, observad este polvo al microscopio, perseguid su análisis por los procedimientos más sutiles. No encontraréis jamás un átomo de chocolatera. La chocolatera está formada de átomos; pero no precisamente de átomos de chocolatera. Esta observación parece demasiado ingenua. Tiene, sin embargo, su malicia. Meditad sobre ella hasta que se os caiga el pelo." (De un artículo titulado *Así hablaba Juan de Mairena*, firmado Zurriago, inserto en "El Faro de Chipiona", 1907.)

* * *

El escepticismo, viejo como el pensamiento humano, será definitivamente condenado y perseguido por los Gobiernos. Se pretenderá suprimirlo de Real orden. Se adivina el día en que la Verdad no tenga más instrumento, ni más apoyo, ni otro baluarte que el de la "Gaceta".

* * *

¿Qué hubiera dicho Mairena de Oswald Spengler y de su escepticismo fisiognómico si hubiera leído "La decadencia de Occidente"? He aquí un hombre fáustico —hubiera dicho—de vuelta de su propia fisiognómica, el Apaga-y-vámonos de la germánica voluntad de poder. En verdad, no sabemos qué cara hubiera puesto este hombre fáustico si la guerra mundial... Lo cierto es que ese hombre fáustico ha pretendido occidentarnos el Occidente más de la cuenta.

* * *

¿Y qué hubiera dicho del saladísimo conde Kéyserling? Que ése lleva el Oriente en su maleta de viaje, dispuesto a que salga el sol por donde menos lo pensemos.

* * *

A la muerte de Max Schéler, hubiera dicho Juan de Mairena: Ni siquiera un minuto de silencio consagrado a su memoria. ¡Como si nada hubiera pasado en el mundo! Sin embargo, ¿para cuándo son los terremotos?

* * *

El que no habla a un hombre no habla al hombre; el que no habla al hombre no habla a nadie.

* * *

A última hora siempre habrá un algunien enfrente de un algo, de un algo que no parece necesitar de nadie.

* * *

Entre Nietzsche y sus epígonos está la guerra europea, una guerra que no sabemos quién la ha ganado, si es que no la han perdido todos.

* * *

De esa guerra—por cierto—auguraba Juan de Mairena que sería el gran fracaso de las masas. Hay demasiados hombres — decía él—en los cuarteles, en esos grandes cenobios de nuestros días, y en las fábricas de obuses y máquinas de guerra, demasiados hombres cuya misión es descargar a Europa de un exceso de población. Tras de la gran contienda, nadie se atreverá a hablar de masas por miedo a las ametralladoras. No comprendía Mairena que las masas son, entre otras cosas lamentables, una revelación de las ametralladoras.

Folletones de EL SOL

28 DE JUNIO DE 1936

Vidas difícilmente ejemplares

LA ULTIMA ESCOPETA NEGRA

Por FELIX URABAYEN

TODOS los poetas han cantado la nieve. Nada hay más puro, ni más casto, ni más cruel, en los montes de Toledo. Y en la calle de Alcalá no lo es porque la barren en seguida los mangueros de la villa. Cuando la nieve corta toda comunicación con el poblado, los lobos, protegidos por este sudario romántico, avanzan en manadas hacia el llano y devoran siempre alguna res, hasta que los vecinos, armados con escopetas, vuelven a echarlos a la soledad de las peñas quebradas y los riscos inaccesibles.

Bernardo y sus secuaces obraban como las alimañas en épocas de escasez. Agotado el último botín, el hambre los obligaba a unirse para atacar alguna heredad rica. Entonces, la manada se hacía banda, aunque no siempre el asedio salía victorioso. A veces, los guardias acechaban en los corrales, tumbando un par de escopeteros a boca de jarro, o aguardaban la salida y les repartían a voleo media libra de plomo. Bernardo solía tener suerte en tales lances. Era el más intelectual de la banda, el que preparaba los golpes, reajustándolos a las circunstancias, como el guión de una película. Tenía incluso algún ingenio pícaro para introducirse sin peligro en ciertos feudos señoriales. Así lograron apoderarse de las suculentas onzas de doña Bárbara, la propietaria del Quinto de la Cuesta.

Doña Bárbara tenía grandes virtudes celtiberas; sobre todas era muy religiosa y muy avarienta. Viuda y seca como un esparto, vivía sola con algunos viejos sirvientes varones, pues una de las fobias de la viuda consistía en no soportar mujeres a su alrededor. Prestaba con hipoteca de retro, sobre tierras; preferentemente, las que circunvalaban sus predios, y así, la finca, enclavada en pleno monte y no mayor que un pañizuelo en sus orígenes, gracias a la mágica virtud de esta piel de zapa al revés, llegaba ya con sus hortalillos al antuzano del pueblo. Valiente y hombruna, a pesar de sus setenta años, doña Bárbara, que aun pretendía lozanear, manejaba el fusil como un veterano y tachaba una vida de un arcabuzazo. Tan fuerte era la vieja, que ni la Guardia civil supuso jamás que corriese el menor riesgo.

Un anochecer de diciembre, en plena nevada, Bernardo, afeitado, pulido y envuelto en un manteo de estudiante sopista, demandaba a doña Bárbara, con voz atiplada y continente devoto, la merced de unas horas de hospitalidad en el Quinto. Era seminarista y marchaba a pie a su pueblo para pasar las vacaciones de Navidad con su familia — noble, numerosa y desgraciada—, que vivía en Guadalupe. Doña Bárbara, que tenía una alma ferreña y un corazón más duro que el mogote del Aguila, en cuanto mentaban la religión se emblandecía como la nieve al sol...

Cenaron Bernardo y la vieja en patriarcal compañaje con los criados, y el fingido seminarista no se mostró dengoso ni melindrero en la charla. Los entretuvo agradablemente un par de horas, contando los lances del seminario, las rarezas de los profesores y las campechanías de buen mozo del canónigo penitenciario. La plática de Bernardo, muy honesta, aunque con el entrevero mundano indispensable para salpimentar los lances, deleitó a la reunión, y todos se retiraron a dormir haciéndose lenguas de la donosura y simpatía de aquel bendito estudiante.

A medianoche, la faena de Bernardo ya no resultó tan grata a los moradores del Quinto. Abrió la cancela, distribuyó a sus compinches y despabiló a su huéspeda con toda la cortesía de que fué capaz. Fiando en sus dotes parlamentaristas de espantapueblos, quiso persuadir a la vieja de que entregase a las buenas sus talegas.

—Puede usted creer, señora, que hemos venido aquí en función de médicos, no de bandidos. El dinero necesita correr, como la sangre; si se para, la nación sucumbe. Venimos a curarla a usted de esta manía de guardar, tan perniciosa para los pueblos. El oro, cuando circula, jacarea y brilla, es salud y alegría; si vive estancado entre sucios calcetines de lana, es un veneno mortal; necesita respirar, lo mismo que las personas. Somos caballeros y sabemos tratar a una dama de talento como usted, que se hará cargo de la situación y se avendrá a razones...

Pero la dama, lejos de acatar tan prudentes consejos, se dedicó a obsequiarlos con un escogido repertorio de dicterios místicos, aunque repudiados por Santa Teresa. No hubo más remedio que chamuscarla los callos para que confesase dónde guardaba el dinero, lo que hizo entre congojas y desmayos. El coro de doctores, luego de prescribir unas horas de silencio a los atemorizados sirvientes, arrambló con el último maravedí, después de quemar todas las escrituras y recibos de préstamo. Todavía Bernardo tuvo el humor de ofrecer sus excusanzas a la vieja y darle su bendición. A los tres días justos, doña Bárbara se moría, más bien que de dolencia, de rabia y despecho. Por lo visto, peor que la chamusquina le sentó aquel discurso de Bernardo, tan inútil como el que Don Quijote espetó a los cabreros loando las excelencias de la Edad de Oro.

* * *

Sin tener alas en los pies, estos dioses del trabuco atraviesan el monte en competencia con los gamos. Van perseguidos de cerca, y tampoco la Guardia civil desconoce el terreno que pisa. Las tretas para burlarlos son cada vez más difíciles. ¡Cuesta caro imponer el dominio en los montes de Toledo! "El Magro", agotadas sus fuerzas, se detiene en seco.

—No puedo más, Bernardo. Hay que dormir o morirse de una vez...

Bernardo se encoge de hombros, se echa la carabina a la espalda y empieza a liar un pitillo.

—Ten paciencia, galán; tampoco hemos comido hoy, y no es cosa de acostarnos sin cenar. Yo pienso bajar al pueblo...

El retumbo de unos disparos lejanos corta su discurso. La cacería humana continúa, y seguirá acaso toda la noche. "El Magro", enfebrecido de fatiga, temblequea, tumbado en la pedriza. No tiene sed ni hambre; de los diez y ocho mil verbos que enriquecen el habla castellana, sólo le preocupa uno: dormir. El tiroteo resuena cada vez más próximo.

—Deben de seguir el rastro de "el Zurdo", que querrá ganar el chozo de la Calderilla—advierte Bernardo—. Si seguimos aquí, estamos perdidos. ¡Alza para arriba, aunque te mueras! Tenemos suerte: va a haber tormenta apenas salga la luna.

—Vete tú solo; yo quiero dormir...

Bernardo incorpora a la fuerza a su compinche y lo arrastra monte adentro.

—Dormiremos, "Magro", y bien tranquilos; yo te lo fío. En el mogote grande del Aguila le hice a la peña unas hendiduras anchas y hondas como sepulcros. No es la primera vez que he dormido allí. En un escondrijo aquí junto hay cuerdas para ayudarse.

"El Magro" abre los ojos con asombro; a pesar del sueño, su mirada admirativa envuelve al compañero. Bernardo es corazón y cerebro; "el Magro", sólo corazón. Con los brazos libres, el fusil a la espalda, empiezan a reptar por las pedrizas. Un pie mal afianzado los lanzaría al vacío. Bernardo marcha delante, como un lagarto gigantesco que vuelve a su madriguera. "El Magro" lleva una cuerda atada a la cintura, que su compañero lanza en lazo corredizo sobre el picaracho próximo o escarbando con su cuchillo de monte los cantizales en busca de un asidero seguro. La ascensión dura dos horas. Al ganar el barandal saliente que circunda el mogote como un balconaje primitivo, un trueno horrendo les deja sordos. Pasado el estupor, ríen contentos; con la Naturaleza luchan bien; sólo temen al tricornio de la Guardia civil, y este peligro, por el momento, no existe. Se tienden en la hondonada, bajo la lluvia, y se duermen en el acto con un suspiro satisfecho.

¡Romance de bandoleros que han encontrado asilo seguro! No hay cuidado que vengan a buscarlos en su escondrijo, y con la noche que se prepara, menos. A los nidos de águilas no se llega ni en monoplano. Nadie que no sea estos hombre acosados como alimañas podría intentar hazaña de tal calibre. La tronada retumba cada vez más violenta; las águilas, atemorizadas, planean sobre los picachos; los rayos culebrean en torno con un fragor de ametralladoras. Pero ellos no sienten nada. Duermen como los bienaventurados, a gusto y con el espíritu sosegado. Duermen doce horas seguidas, y se levantan ágiles, frescos y alegres. Los rayos los han respetado, y las águilas contemplan asombradas su descenso. El hambre los reconcome bastante más que la conciencia; sólo sienten remordimientos los místicos o los enfermos. Dormir con tranquilidad ha sido para ellos el mejor regalo de los dioses.

* * *

Bernardo y "el Magro" atraviesan el Quinto de las Madroñeras y llegan a una cabaña de pastores. Han dado un buen golpe en tierras de la Serena, y hollando veredas inéditas han caído a marchas forzadas en la chabola cercana a su cuartel general. Al fin van a comer caliente hasta el hartazgo. Mandan matar el mejor cordero...

Se encuentran casi entre hermanos. El mayoral es un pariente lejano de "el Magro", y las escopetas, que jamás caen de sus manos, ni aun cuando duermen, pueden reposar ahora apoyadas en los sardones. Mientras, en la caldereta que pende del trípode hierve la sabrosa pitanza, aromada de romero y tomillo. Los bandidos fuman sus cigarros con la tranquilidad que da el deber cumplido. Un zagalón de veinte años, aspirante a rabadán del rebaño, actúa de cocinero; los restantes pastorcillos azacanean diseminados tras el ganado, que como guerrilla experta asalta las faldas de la sierra. Se oyen las esquilas del rebaño, amortiguadas por la lejanía. Canta el agua, remansada en el cercano atajadero. Mediodía triunfal, anunciado en el campanario vecino. ¡Gloria a Dios en las alturas! El paisaje tiene un crescendo bucólico sencillamente entusiasmador, que aleja todo mal pensamiento...

El guisandero saca el cuerno de la sal y la va espolvoreando sobre la caldereta con académica precisión. En seguida marcha a prevenir a los pastores de que el condumio espera.

—¡Vuelve pronto, que hay gazuza! —le grita "el Magro" a medio camino.

Pero el zagalón ya no oye y se pierde con paso tranquilo en una enfiladura del repecho.

Un vaho de aroma excitante se escapa de la caldereta, el manjar preferido por israelitas y cristianos. Bernardo, técnico en estos menesteres, lo retira de la lumbre y hunde la cuchara en el borboteante caldo con gesto de golosía.

—¡Cualquiera mete aquí el hocico!—ríe enseñando sus dientes negruzcos—. Hay que dejarlo reposar un rato...

Entonces "el Magro", indiferentemente, como el que ejecuta por rutina un acto habitual, extrae de la olla una tajada de cordero y se la arroja al perro. Bernardo se echa a reír.

—Mira que eres receloso. ¿No dices que el mayoral es de toda confianza?

—Lo hice sin pensar. La maldita costumbre...

Y no le dan más importancia. Sacan el pan del zurrón y lo reparten; luego, con los ojos clavados en el camino, acechan el arribo de los pastores. Bernardo se impacienta.

—Parece que tardan esos. Lo que es yo, no aguardo más...

Bruscamente antes que la cuchara llegase a su boca, "el Magro" le atenazó el brazo, señalándole al perro. El animal hacía unos visajes extraños, gemía, arrastraba el vientre contra el suelo y acabó retorciéndose en convulsiones de angustia. Sin decirse palabra, los dos bandidos salieron en persecución del zagalón; pero en balde. Cobró su prima y huyó para siempre de las Guadalerzas y de la provincia. La sal del guisado estaba preparada por un farmacéutico, en complicidad con la Guardia civil. Indudablemente, aquel cordero pascual estaba destinado a quitar los pecados del mundo.

* * *

Verano ardiente en los montes de Toledo. Bocanadas de sol, que ponen calenturientas las pedrizas y peñascos. Lengüetazos de fuego, que hacen arder la seca arena de las torrenteras. Calma de horno en el aire, bajo la solana plomiza. Ni un viajero a la vista en todo el paisaje, que tuesta sus carnes con impasibilidad africana. Bernardo, provisto de un catalejo, otea los senderos del valle antes de descender al poblado. Una de las sultanas de este moro manchego vive en Retuerta, y un jefe de taifa necesita saludar de cuando en cuando a sus princesas.

De ordinario, Bernardo bajaba poco al fondo de la sartén geológica que le servía de escenario, y aprovechaba siempre las horas de calma para abandonar la prieta sombra del robledal. Sus piernas se movían con más soltura entre cumbres ásperas que sobre la suavidad pegajosa de la llanura crepitante. Pero alguna vez era preciso bajar. Reponía la pólvora, se aprovisionaba de sal, de tabaco o de aceite y platicaba un rato con la daifa de turno, glosando el mismo cantar que hizo famoso al Arcipreste...

Cierta tarde en que sesteaba en casa de un labrador donde tenía su cortejo, le avisaron de que venía en su busca la pareja de civiles; dos guardias nuevos. Un cabo andaluz y un número que hacía el primer servicio en los montes toledanos.

Bernardo sólo corría en la sierra; dentro del cercado urbano le habría parecido indigno comportarse como una liebre perseguida. Siguió descansando en unión de su dama, con la misma impavidez que si le hubieran leído la epístola de San Pablo. Luego, tranquilamente, tomó el traje del pastor, sacó las ovejas del establo y cruzó la plaza, oxeando al ganado con la propiedad del que no ha hecho otro oficio en su vida. Al pasar junto a la pareja, la saludó con toda cortesía.

—Oye, zagal: ¿de dónde vienes?

—Del Sotillo...

—¿Has visto a Bernardo?

—Sí; antiyer durmió en Navalucillos.

El cabo soltó un juramento.

—Nos dijeron que aquí tenía la querencia de las faldas. Si lo ves, échale para acá con maña. Ya sabes que hay cincuenta onzas para el que ayude a cogerle...

—¡Ojalá y fuese yo! Pero no es fácil. Es muy ladino ese bandido...

Y arreando los carneros con patriarcal ademán y silbando con la gracia de un fauno, pastor y rebaño desaparecieron monte arriba. A la entrada de San Pablo dejó el ganado en manos seguras, y enfilando los cantiles, se internó en las quebradas altas, dando unas zapatetas de satisfacción que no tenían nada que envidiar a las de Don Quijote en Sierra Morena...

(Concluirá.)

© Biblioteca Nacional de España